



El lord Pembrok, copia de un cuadro de Van-Dyck.

LOS ESPEDIENTES Ó TRETAS

DEL LORD PEMBROK.

Este original inglés, no solamente conocido por el hermoso retrato que de él ha dejado el célebre Van-Dyck, y

SEGUNDA SERIE.—1856

que reproducimos aquí, era célebre en su tiempo por sus caprichos y rarezas que le hacían pasar por uno de los hombres mas escéntricos de su época.

Ved aquí una de sus aventuras, á la que podríamos poner el título de: *Arte de casar las muchachas sin dote.*

Sin dote, en efecto, tal era la posición en que se halla-

AÑO XIV. 5

la una linda encantadora hermana de lord Pembrok. Miss Ana tenía diez y ocho años, los mas lindos ojos azules del mundo, cabellos rubios y rizados, que darian envidia á un querubín, un color blanco y sonrosado, capaz de desesperar el pincel del mejor artista, talento y una esmeradísima educacion. Pero los novios para solicitar su blanca mano esperaban á que su opulento hermano añadiese á tantas gracias, por vía de estímulo algunas muestras del metal amarillo de que todos suponían tenía bien repletos sus bolsillos.

Lord Pembrok conoció al fin que era llegado el caso de dotar á miss Ana, y las tretas y expedientes de que usó bien merecen contarse y sacarlas de su biografía.

Los hermanos que tengan alguna hermana por casar hallarán tal vez una saludable inspiracion en esta anécdota.

—Ana, hermana mia Ana, dijo un día el lord, puesto que nadie viene á verte, mañana te presentaré en la corte. No dejarás de encontrar en lugar de uno mas de veinte apasionados que por tí suspiren. Solo te pido una cosa y es, que en el término de un mes me indiques los tres aspirantes mas dignos y que hayan interesado tu corazón.

—Lo haré lo mejor que pueda, respondió miss Ana mirando un rico vestido nuevo que le habían traído.

Púsose al día siguiente, y estuvo tan linda con él en la corte, que eclipsó á las damas mas hermosas, y conquistó el corazón de los mas indiferentes.

—¿Y bien? le preguntó su hermano al cabo de un mes.

—¿Y bien? contestó ella poniéndose encarnada como una rosa, el conde de B.... el marqués de R.... y el comandante H.... son los tres caballeros que yo prefiero á todos, y que parecen preferirme á mí á todas.

—Perfectamente, replicó lord Pembrok apuntando sus nombres en su librito de memorias.

¿Era casualidad, cálculo ó providencia? El conde, el marqués y el comandante eran tres de los mas ricos herederos de la aristocracia británica.

—Si se reuniesen, pensaba el lord, las sumas que cada uno de ellos es capaz de gastar y arriesgar por un capricho, el total formaría una dote muy conveniente para una jóven bien nacida.

Examinó como podría reunir á los tres rivales y ponerlos á prueba. Pensó desde luego en convidarlos á comer, empero regalar á unos señores como ellos hubiera costado muy caro. Juzgó mas económico y mas hábil el hacerse convidar con ellos á comer en casa de un tío del marqués de R.... que tenía mesa abierta y franca en Londres.

El banquete fué espléndido, alegre y prolongado.

A los postres, lord Pembrok hizo recaer la conversacion sobre las bellezas de la corte, y propuso, segun la moda inglesa, beber dos vasos del mejor vino á la salud de lady Sommerset.

El anfitrión propuso beber tres á la de la duquesa de Sutherland.

Luego el conde de B.... saltando como un tapon de vino de Champaña, lanzó el primero el nombre de miss Pembrok, y este nombre fué la señal de una triple explosion.

Ya no fueron dos ni tres los vasos, sino cuatro y seis los que se bebieron al hacer honor á las gracias y belleza de miss Ana.

Cuando lord Pembrok vió á los tres concurrentes que habian perdido los estribos, echó una gota de aceite en el fuego, y todos tres levantándose como un solo hombre, se provocaron á un desafio por los hermosos ojos de su hermana.

—Mucho siento, señores, les dijo estando tan sobre si como fuera de ellos lo estaban los demas, el que os vayais á matar inútilmente, porque apuesto diez mil libras esterlinas contra cada uno de vosotros á que ninguno se casará con miss Ana Pembrok.

—Yo apuesto quince mil libras á que obtendré su consentimiento, exclamó el conde.

—Y yo veinte mil, añadió el marqués.

—Y yo veinte y cinco mil, pujó el comandante.

—Van apostadas las veinte y cinco mil, replicaron los dos primeros.

Lord Pembrok con la sangre fria de un escribano, sacó su librito de memorias y apuntó las apuestas tranquilamente.

—¿Habeis dicho todos tres veinte y cinco mil libras esterlinas? preguntó á cada uno de los tres convidados.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—¿Y firmareis el compromiso?

—Con ambas manos.

—Firmad, pues, dijo el lord arrancando tres hojas de su librito.

Demasiado avanzados ya para retroceder, y por otra parte demasiado sinceramente enamorados, firmaron los tres jóvenes con la mejor voluntad del mundo.

—¡Perfectamente! dijo inmediatamente lord Pembrok. Ahora, señores, hablemos un poco en razon. Todos tres quereis casaros con mi hermana; convengo en que todos tres teneis los mismos títulos para aspirar á su mano. Desgraciadamente, como os lo tengo dicho, no puede unirse con ninguno de vosotros, porque no tiene dote ni fortuna.

—¡Yo soy bastante rico para los dos! exclamó cada pretendiente.

—¡Ilusion de una noche! á la mañana siguiente encontraríais á Ana demasiado pobre. Ademas, ella quiere, y yo tambien quiero como ella, asegurar su independencia. Acabais de proporcionarme el medio mas sencillo y mas natural. Os habeis comprometido cada uno por veinte y cinco mil libras. Aqui están vuestros billetes en toda regla. Veinte y cinco mil libras es una bagatela para unos caballeros como vosotros: empero tres veces veinte y cinco mil libras, es decir, setenta y cinco mil libras, es un dote muy conveniente para las gracias y las virtudes de mi hermana. En cuanto á sus sentimientos con respecto á vosotros, ved aqui lo que me escribía esta mañana mismo: «De tal modo hago justicia á los méritos del conde de B.... el marqués de R.... y el comandante H...., que si me fuese preciso elegir entre ellos, me vería obligada á echar sus nombres á la suerte.» Sigamos esta inspiracion, señores, y obedezcamos á la reina de vuestros pensamientos. Voy á poner en esta copa vuestros tres billetes firmados con vuestros tres nombres. El que la suerte hiciere salir será el venturoso esposo de miss Ana, que recibirá de su mano el dote compuesto por vosotros tres. Así habeis contribuido todos á la felicidad del elegido, y habeis evitado el mataros, lo que os

haría perder la estimación y el afecto de mi hermana, sin contar con que uno ó dos de vosotros podrían quedar en el campo.

Franceses, alemanes, italianos ó españoles, hubieran desechado la propuesta del lord Pembrok, pero sus tres convidados eran demasiado buenos ingleses para desechar un desenlace tan original. Aceptaron, pues la prueba después de un nuevo brindis á la ciega suerte. El nombre que salió de la copa fué el del marqués de R....

La decisión de la suerte fué religiosamente cumplida. Cada uno contó sus veinte y cinco mil libras. El marqués de R.... y Miss Ana se casaron en presencia de todos. El

lord Pembrok llevó con el mayor atrevimiento á la ceremonia la divisa de la Jarretiera:

Honni soit qui mal y pensé.

Así fué como este ilustre estravagante procuró á su hermana una dote de siete millones y medio sin desembolsar un ochavo.

Esta aventura, no es una ficción, porque todas las memorias contemporáneas del lord Pembrok la afirman y no ha dejado de estar muy acreditada en la alta sociedad británica. Aun corre en los salones bajo el título que le hemos dado de espedientes ó trazas del lord Pembrok?

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

HOMBRE POBRE TODO ES TRAZAS.

I.

LA COMEDIA EN UN SOTABANCO.

En un cuarto de estudiantes situado en un sotabanco de una elegante casa de la calle de Atocha, hallábanse reunidos dos jóvenes.

El uno de ellos, Alberto, se hallaba sentado delante de un voluminoso cuaderno lleno de enmiendas; el otro, Federico, estaba de pie con un cuaderno casi parecido en la mano.

—Si este discurso no me hace honor, exclamó de pronto este último, quiero... Alberto, escucha esto... ¿te estás durmiendo?... se habrá dormido trabajando el suyo, dijo el futuro Esculapio aproximándose á su amigo.

—¡Calla! pues son versos, añadió echando la vista sobre el cuaderno de Alberto; ¡un discurso en verso! Tercer acto: escena primera. No es el discurso: ¡es un drama!

Iba ya Federico á apoderarse de los papeles de un modo un poco brusco, cuando levantándose Alberto le dijo con dulzura.

—No toques á eso.

—¿Con que no dormías, zorro?

—He oído que me hablabas, ¿qué quieres?

—Leerte mi discurso.

—Después.

—Traducción libre, que me voy á pasear.

—Ya ves que estoy trabajando.

—En la lección.

—Sí, en mi lección, respondió Alberto con cierto embarazo.

—¿Y estás en el tercer acto de tu lección?

—Bueno, dijo Alberto ruborizándose á pesar suyo.

—¿Con que es una monomanía?

—¿A tí qué te importa?

—Cuidado, compañero, que vas por mal camino.

—¡Ay, dijo Alberto levantándose, los has leído, los encuentras malos!

—¿Leer tus versos? no, ¡Dios me libre!

—Tú eres como yo, añadió el joven abatido, te falta la fé.

—No, replicó Federico, yo creo firmemente en el porvenir, que el trabajo nos proporciona, pero que tú trepes nunca á la cumbre de Helicon, como decís en vuestra jerga los poetas, que tú seas nunca un autor que tenga fincas y casas ganadas con los versos, eso, sobre ser muy raro en España, no lo creo. Agárrate á tus libros de medicina, y echa al fuego todas esas coplas.

Suspiró Alberto, y Federico cogía ya los cuadernos del joven, cuando el mozo de un almacén de papel inmediato, del que se surtian hacia tres meses, vino á presentarles la cuenta, que ascendía á ciento sesenta reales y doce maravedises.

—Ya nos pasaremos por allí, dijo Federico recorriendo rápidamente la factura del almacenista de papel. ¡Cuatro resmas de papel en tres meses! exclamó así que hubo salido el mozo. ¡Esto es abominable! ¿Qué es lo que hemos gastado Eusebio y yo? A lo mas diez manos para nuestros cuadernos de cátedra; ¡tú, tú solo has devorado el resto! ¿Pero infeliz, quieres matarte? Eres mas fecundo que Lope de Vega. ¡Haber en tres meses emborrinado mil setecientas cincuenta hojas de papel en folio! ¡Haber gastado ciento sesenta reales y doce maravedises sin beber ni comer, cuando nos hacen tanta falta botas... y otras cosas! ¿Qué va á decir Eusebio, nuestro factotum? ¡Ciento sesenta reales y doce maravedises! Te vas á volver loco. No, decididamente, ¡á grandes males, grandes remedios!

Y cogió segunda vez los cuadernos de Alberto, amenazándolos con tres ó cuatro fósforos de cerilla, que no podía hacer arder, cuando vino un nuevo personaje á interponer su autoridad y salvar de la destrucción los inocentes cuadernos.

Era Eusebio.

Eusebio, Federico y Alberto, los tres de diferentes humos y genio, vivían juntos, tanto por amistad como por economía, y edificaban la vecindad por la regularidad de su conducta.

No eran de esos estudiantes que pasan el curso en el billar y en los cafés, eran trabajadores; Federico, sobre todo, prometía ser un médico distinguido.

—¿Qué quieres hacer? exclamó el recién venido apoderándose de los cuadernos de Alberto; ¿te has vuelto inquisidor, Federico?

—Ciento sesenta reales y doce maravedises de papel en tres meses, replicó Federico, he aquí la cuenta.

—Y tú, Alberto, continuó Eusebio cogiendo la cuenta, ¿por qué le dejas obrar así á ese bruto?

—Es que tiene razon, Eusebio, replicó Alberto con tristeza, hace bien en no dejarme perder mi tiempo y gastar mi vida en infructuosos ensayos. Me falta sin duda el genio, esa inspiracion celeste, de otro modo ya hubiera vendido.

—¡Vencido! exclamó Eusebio, ¡no correis poco, amigos! apenas habeis puesto el pie en el camino, y ya quereis haber llegado al fin. No se llega así tan pronto, preguntad á los hombres ilustres. Vuélveme esos papeles, profano, y desayunémonos. Creo que á los dos el vacío del estómago os trastorna el cerebro. Doctor, disécanos ese jamon; poeta, parte pan: yo voy á la bodega.

Y se dirigió hácia la tenaja del agua.

—Jamon, dijo Federico apresurándose á cortar unas lonjas: excelente idea!

—No la hubieras tú tenido igual, moralista quebrado, repuso Eusebio.

Así que no hubo quedado en la mesa ni una migaja de pan, ni una partícula de jamon, y despues que cada uno de ellos se hubo bebido un buen vaso de agua clara, les preguntó Eusebio qué pensaban hacer.

—Yo, llevar mi discurso á casa del impresor.

—Muy bien, toma el sombrero; es una suerte que los tres tengamos la misma cabeza, añadió el jóven delante de Federico, metiéndose hasta los ojos el sombrero comun.

—Sí, es seguro, y despues reparando las botas mas que húmedas de Eusebio, dijo: ha llovido.

—Es noticia.

—Las calles están mojadas.

—Eso se llama ser fuerte en lógica.

—Si las calles están mojadas no puedo salir, mis botas reclaman buen tiempo.

—¡Oh! ¡oh! dijo Eusebio sonriendo al ver los agujeros que tenían las botas de su amigo.

—Eso está claro, dijo Federico.

—¡Demasiado! respondió Eusebio.

—Caballeros, ¿se puede entrar? dijo un hombre gordo asomando su cabeza en el cuarto de los jóvenes.

—Es el Leonés, el famoso Leonés, dijo Eusebio, entre vd.

Federico sintió un ligero estremecimiento en la médula espinal, recordó de pronto que las malhadadas botas que solo podian servir en buen tiempo, las debía aun, y que tenía necesidad de otras nuevas.

Entró el Leonés con la sonrisa en los labios, deslió una gran sarga verde, y sonriendo siempre sacó un bueno y hermoso par de botas de doble suela, que colocó delante de Federico.

—¿Quiere vd. probárselas para ver si están bien? le preguntó.

—¿Qué dice vd? dijo el jóven, que contemplaba con enajenamiento las botas, y apenas podia creer á sus ojos.

—Digo que si se las quiere vd. probar.

No habia aun acabado la frase el Leonés, cuando Federico se habia puesto sus botas nuevas y las hacia crugir paseando por el cuarto; daba golpes con el pie abandonándose al gozo que se siente cuando en lugar de un obje-

to de que uno se avergüenza, posee otro que no tiene nada que disimular.

Si no es vergonzoso el ser pobre, preciso es al menos confesar que cuesta mucho llevar vestidos pobres.

El Leonés no hablaba de cuentas como el malhadado almacénista de papel: dobló su sarga verde, y salió saludando políticamente, como se hace á gentes que nada deben. Era una felicidad completa.

—Ahora márchate á casa del impresor, y vuelve pronto, dijo Eusebio á Federico.

—¿Saló uno de vosotros dos? preguntó aquel.

—Sí, Alberto.

—Es igual, ese Leonés es un excelente hombre, pensaba Federico bajando de dos en dos los escalones de su cuarto piso.

—¡Salgo! dijo Alberto asombrado.

—¡Tú sales!

—No te chances; ¿dónde quieres que vaya? ¿á dónde necesito yo ir?

—Contigo no me chanco nunca, querido Alberto, respondió Eusebio con un tono sério y dulce; con Federico ya es otra cosa; pero tú, poeta, cuya imaginacion ardiente está siempre trabajando, me impones casi respeto.

—Querido Eusebio, dijo Alberto apretándole la mano.

—¿Qué buena cosa es nuestra amistad! yo no me acuerdo cómo y cuándo nos hemos encontrado, lo que sé es que desde entonces todo ha sido comun entre nosotros: corazon, bolsillo, alojamiento y sombrero, añadió riendo; cada uno trae á la masa comun su contingente de afecto, trabajo y moneda en los buenos dias.

—¿De moneda! dijo Alberto, ya hace tiempo que no ha lucido uno de esos buenos dias.

—Esa es cuenta mia, no te ocupes de eso, Eusebio; tú sabes bien que por unanimidad me habeis elegido ministro de Hacienda.

—Sí, y admiro la multitud de tus recursos; tú cubres las necesidades de la casa; con el mejor humor del mundo gozamos de los efectos sin investigar las causas, y sin reclamar nuestra parte de cuidado.

—¿Cuidado? dijo Eusebio, ¡vaya, vaya!

—Y no poco debe costarte, prosiguió Alberto, ¿no sé yo bien que lo que hacen nuestras pobres familias no basta para nuestro pan cotidiano, para el alquiler del cuarto, los derechos de matrícula y mil necesidades que tú remediabas sin que yo comprenda cómo? ¿Esas botas de Federico llegadas tan á punto, ese zapatero que jamás habla de que le paguen, no adivino yo de dónde viene?

—Tengo los cinco cuartos del Judío Errante, respondió alegremente Eusebio.

—¿Sabes que algunas veces me ha ocurrido una idea terrible? dijo con emocion Alberto.

—¡Bah!

—Me ha ocurrido la idea de que fuera de las horas de tus estudios trabajabas por nosotros en algun oficio.

—¿Y valdria menos por eso á tus ojos?

—Dios me libre de tal pensamiento! Pero entonces ¿qué vergüenza para mí gastar los dias con inútiles ensueños! ¿qué vergüenza vivir de tu trabajo sin ensayar el momento de trabajar yo á mi vez!

—¿Qué haces tú, pues? exclamó Eusebio apoyando fraternalmente la mano sobre la espalda de su amigo. ¿Crees

tú que yo no te veo cuando en las horas de silencio y descanso te levantas con la frente encorvada y trabajas? ¿Es eso lo que tú llamas inútiles ensueños?

—¡Ay! repuso Alberto, ¿y qué logro con esos esfuerzos?

—Paciencia, dijo Eusebio.

—No, debo y quiero esta vez tomar una resolución irrevocable.

—Esta vez será como las otras, Alberto. ¿Cuántas veces no las rechazado con cólera esas hojas de papel en que

—Allí, donde me has dicho que vaya á recogerlo.

—¿Y si se hallase en otra parte? ¿Y si hubiese habido gentes que le hubiesen creído digno de que se leyese en el comité del teatro?

—Eusebio, cuidado con lo que dices, dijo Alberto pálido y temblando.

—¿Y si hoy mismo tuvieses que leerlo, y para eso es para lo que te decia que tenias que salir?

—¿Habrás hecho todo eso? exclamó Alberto ¿me habrás



Los tres estudiantes. El sombrero ómnibus. El Leonés.

habias depositado toda tu alma, y has vuelto á ellas atraído por un irresistible poder! Hermano, cada cual tiene su misión en este mundo. Tú has nacido poeta, como Federico ha nacido médico... y yo... amigo de vosotros dos. No se puede desmentir su vocación. ¿Dónde está tu último trabajo?

hecho penetrar en ese santuario, cuya puerta solo conozco? En verdad que á veces me parece que vivimos aun en los tiempos en que los ángeles venian á ayudar á vivir á los hombres, y que tú eres uno de ellos.

—Vaya, vaya, poeta, replicó Eusebio riendo, ¿á que vas



á revestirme de blancas alas y de una túnica azul? pero entre tanto cepilla tu pobre frac negro, y haz provision de voz y de ánimo aguardando que Federico vuelva á traer el sombrero.

Era tanta la inesperada felicidad de Alberto, que para creerla fué preciso que se la repitiese Eusebio. Convencido una vez de ella, no pudo estarse un momento quieto, yendo continuamente de la ventana á la puerta, espiando la hora en el reloj de San Juan de Dios, cepillando su frac, estrechando en sus manos las de Eusebio, y poseído de una especie de fiebre con la idea de la terrible prueba del comité.

Entre tanto no volvía Federico, y agitábase la cuestion de saber si un hombre honrado no podía muy bien dejarse olvidado el sombrero y salir á la calle sin él, cuando llamaron á la puerta y se presentó un caballero con un magnífico sombrero, que al punto deslumbró los ojos de Eusebio.

—Caballeros, yo soy don Carlos Vargas, dijo el recién llegado con una amable sonrisa.

—¿Don Carlos Vargas? se dijo para sí Eusebio buscando una idea... no importa, Carlos ó no, vas á prestarnos tu sombrero!

Hacer sentar á don Carlos, obligarle cortesmente á desembarazarse de su sombrero, pasar el susodicho sombrero á Alberto y empujarle fuera del cuarto, fué obra de menos tiempo que lo que gastamos en decirlo.

El señor de Vargas no vió mas que estas atenciones, y Eusebio no tuvo mas que una preocupacion, la de prolongar bastante esta visita para dar tiempo á que volviese Alberto. Don Carlos Vargas, á quien habian interrumpido los cumplidos de Eusebio para obligarle á sentarse, continuó diciendo:

—Yo soy don Carlos Vargas, propietario de esta casa situada en la calle de Atocha, núm. 4, en la que hay un cuarto sotobanco alquilado, y entregado corriente de puertas, llaves y cristales, á los señores don Alberto Ruda, don Federico Llanos y don Eusebio Trazas.

—¡Ay! estamos á 8 del mes, y yo lo habia olvidado, pensó en su interior Eusebio.

—Como propietario, continuó el señor de Vargas, he tenido el honor de venir en persona á traer...

Y sacó de su cartera un papel blanco en cuatro dobles.

—¿Con que el señor es nuestro propietario y casero? dijo Eusebio, que tenia, como se sabe, sus razones para prolongar la sesion; ¡cuánto me alegro de hacer conocimiento con vd., caballero!

—Muchísimas gracias... venia, pues...

—Todos los dias, se apresuró á añadir Eusebio, al pasar por delante de la puerta del piso principal, porque ¿en el piso principal es donde vd. vive, caballero, no?

—Si señor, si, es una aprension que tengo, replicó Vargas con una sonrisa de satisfaccion: en lugar de imitar á esos propietarios absurdos, que así los llamo yo, que se relegan en sus bohardillas ó en sus sótanos por la única razon de que pueden elegir lo que quieran, me he dicho yo á mí mismo: ¿dónde y cuando tendrás tú un local mas á tu gusto que en tu casa? Y he escogido el cuarto principal.

—Y ha hecho vd. grandemente, exclamó Eusebio encantado de tener ocasion de replicar. ¿Habia vd. de ir por al-

gunos miserables reales mas ó menos á confinarse en un cuarto mal sano ó triste, con riesgo de su salud ó de su vida? Caballero, vd. lo entiende, lo que hay que hacer es cuidarse.

—Si señor, venia, pues....

Y el malhadado papel estaba firme en la mano de Vargas.

Eusebio á su talento inventivo reunia una lengua muy suelta; volvió á tomar prontamente la palabra, entró en prolijas consideraciones sobre el inconveniente de los cuartos demasiado pequeños ó demasiado grandes, mal ventilados ó demasiado ventilados: y como el pobre Vargas no podía meter baza, y se contentaba con menear en su mano el recibo, Eusebio, arrebatado por el calor del discurso, se lo cogió, lo metió en el bolsillo y continuó:

—Si señor, vd. ha hecho perfectamente bien en instalarse en su piso principal: lo aplaudo sinceramente; solo bajo un punto de vista podría sentirlo, en el de que nuestro amigo y consocio don Federico Llanos debiendo de graduarse de doctor dentro de muy pocos dias, no podrá continuar viviendo en nuestro modesto cuarto: va á necesitar otra cosa mejor donde pueda recibir los numerosos parroquianos que acudirán: el piso principal le hubiera convenido mucho... en fin, ¡creo que tiene vd. el segundo desocupado?

—Si señor, si, contestó Vargas á quien un interés hacia olvidar el otro.

—Tendremos que contentarnos con el piso segundo; pero será menester que nos ponga vd. persianas.

—¡Cómo! exclamó alarmado el propietario, ¡qué me pide vd., caballero!

—Persianas en los balcones y ventanas.

—Ya lo he oido.

—Pues entonces...

—No puede ser.

—No hacemos nada, lo siento, caballero.

—Esa peticion es increíble, exorbitante, caballero; si yo pusiese persianas en el cuarto segundo, tendria que ponerlas en todos los demas.

—Ese es nuestro ultimatum, dijo saludándole Eusebio.

—Ciertamente, yo tengo muchas ganas de alquilar el cuarto, dijo Vargas que sentia se le escapase la ocasion de alquilarlo.

—A un hombre que no dejará de ser una ilustracion de la época, caballero, replicó el imperturbable Eusebio: hablo del doctor Federico Llanos.

—Lo entiendo bien, caballero... ¿me haria vd. una obligacion?

—Se haria una obligacion.

—Es igual, pero yo no puedo comprometerme á poner las persianas.

Refase interiormente Eusebio del calor que tomaba Vargas en la discusion cuando volvió Federico.

—Negocio concluido, dijo no viendo al pronto al señor de Vargas, me tirarán doscientos ejemplares que costarán mil doscientos reales, buen papel, fundicion nueva, cubiertas amarillas y viñetas en los cuatro costados.

—Este caballero debe ser el señor don Federico Llanos, dijo levantándose Vargas.

—El propietario de esta casa, contestó el joven.

—¡Toma! pues le conoce, dijo para sí Eusebio.

Saludáronse, y el señor de Vargas volvió á tomar la palabra en estos términos:

—Caballero, yo me alegro muchísimo de que le guste á vd. mi casa, pero ¿no podrá vd. ceder un poco de sus pretensiones?

Federico con los ojos y la boca abierta, trataba de comprender algo.

—Yo sé, replicó Vargas, que un hombre del talento de vd. no cede fácilmente de una idea porque la ha meditado mucho: la higiene parece exigirlo, lo concibo, y no entraré yo en discusión sobre este punto con una persona de su mérito de vd.; pero al menos, caballero, si partiésemos gastos....

—¿Gastos! exclamó Federico.

—Si señor, de ese modo, caballero, yo taparía la boca á los demas inquilinos, vd. quedaria contento y yo tendria el gusto de que viviese en mi casa un hombre de la reputacion de vd.

—Perdone vd., pero...

—Es cosa hecha, interrumpió Vargas, partiremos gastos, y segun uso y costumbre al vencimiento del alquiler quedarán las persianas á beneficio de la casa. Al presente que hemos terminado este negocio, ¿quiere vd. que concluyamos el otro?

—¿El otro? dijo Federico para quien todo aquello era una charada.

—Ese me concierne á mí, dijo Eusebio que habia permanecido muy sério durante toda esta escena. Ved aqui el papel de que se trata, añadió devolviéndole el recibo: yo tendré el honor de bajar á su casa de vd. para arreglarlo.

—Hubiera querido evitar á vd. ese trabajo, dijo Vargas con cierto gesto de descontento.

—No es trabajo, respondió Eusebio, al contrario, tendré un placer en ello.

—Pues le aguardaré á vd. antes de las doce, son las diez y tres cuartos.

Volvieron á saludarse, y don Carlos Vargas se marchó llevándose el sombrero de los jóvenes.

—¿Me harás el favor de explicarme lo que está pasando? preguntó Federico con un poco de mal humor.

—¡Toma! dijo Eusebio sin contestar, se ha llevado nuestro sombrero, el desquite es bueno: me hacia falta porque tengo que salir; ¡diablo! ¡son cerca de las once, y no tengo mas que hasta las doce!... hasta la vista.

—¡Eusebio! gritó Federico tratando de detener á su amigo, pero éste habia tomado ya las de Villadiego.

Púsose á trabajar, é instalado apenas en medio de los libros, papelotes, tibias y cráneos de todos sexos y edades, cuando llamaron á la puerta.

Era un joven como de diez y ocho años, de hermosos ojos y simpática figura. Era huérfano, nieto del señor y de la señora de Vargas, con los que vivia con su hermana Concha, dos años mas jóven que él.

La instalacion de los estudiantes en la casa de la calle de Atocha, habia causado una especie de rumor en la familia de Vargas. La señora de Vargas, escelente muger, de cierta edad, pero particularmente amiga de la paz y del orden, habia temido mucho encontrar en ellos esos jóvenes alborotadores, azote de las casas tranquilas, mientras que el señor de Vargas no habia querido oír hablar de na-

da, y se obstinaba en no ver en nuestros amigos sino unos inquilinos mas.

Ademas, la vida regular y metódica de los tres jóvenes, su dulce amistad, el áspero trabajo que se adivinaba por sus prolongadas veladas, todo habia modificado prontamente la opinion de la señora de Vargas: poco á poco habia llegado á pasar de la buena opinion al entusiasmo: y las alabanzas de los tres estudiantes eran el tema favorito de las conversaciones del cuarto principal. Enrique, y su hermana Concha sobre todo, tenian en ello el mas vivo placer.

En una sola cosa era inexorable Vargas, como hemos visto, en que se le pagasen puntualmente sus alquileres. Asi es, que cuando bajó, mostró su disgusto de que no le hubiesen pagado, sus temores de que no lo verificasen, y su firme resolucion de echarlos de la casa si no lo hacian pronto.

—¡Pobres jóvenes! se dijeron en voz baja Concha y su hermano.

Movidos por un mismo y generoso pensamiento, sacaron de sus ahorros hasta la última moneda de oro, y con el corazon palpitando, sin otra reflexion ni preámbulo habia venido Enrique á llamar á la puerta del sotabanco. Lo que abajo habia parecido tan sencillo, ofrecer á los jóvenes su bolsillo y su buena amistad, fué terriblemente difícil cuando fué preciso encontrar palabras para espresar la cosa. Hizolo del mejor modo que le fué posible Enrique no comprendiéndole al pronto Federico, y estremeciéndose despues dolorosamente al saber lo ocurrido.

—Comprendo todo, exclamó el jóven dejándose caer agobiado en una silla.

—¿Qué, ignoraba vd?...

—La estension de nuestra miseria, si señor.

—¿No es á vd. á quien mi abuelo ha presentado su recibo? Yo venia de mi parte y la de Concha, á rogarle que nos contase en el número de sus amigos: y entre los amigos todo debe de ser comun.

—¡Ay! se ha ido Eusebio. El es el encargado de estos detalles, y para evitarnos un pesar su generosidad nos oculta una parte de su miseria... y yo que he encargado el mejor papel continuo para mi discurso ¡qué bruto soy! Pero tengo mi reloj, un reloj muy hermoso.... Y olvidando Federico la presencia de Enrique y la falta de un sombrero cualquiera, iba á salir, cuando el jóven Vargas le detuvo.

—¿Qué va vd. á hacer? le preguntó.

—Mi deber: el Monte de Piedad está cerca.

—¿Con que no quiere vd. permitirnos?...

—No insista vd., replicó Federico con el rubor en la frente.

Y como una lágrima viniese á deslizarse de los rasgados ojos de Enrique:

—¡Ay! exclamó Federico cogiéndole las manos, ¡vd llora! ¡dulces lágrimas de la fraternidad, de la juventud, vosotros sois los diamantes del Señor!

Allí estaban el uno delante del otro profundamente conmovidos, cuando entró Eusebio con los dos recibos del casero y del almacenista de papel.

—Negocio terminado, dijo Federico saludando al mismo tiempo á Enrique de Vargas.

—¡Tiene su recibo! exclamó estupefacto Enrique.

Miróle incomodado Eusebio acusándole cuando menos de indiscreción.

—¿Has pagado? dijo Federico igualmente sorprendido: ¿y al almacenista de papel también? continuó viendo satisfecha la cuenta.

—¿No es esa nuestra costumbre? respondió Eusebio con tono un poco brusco. Es estúpido tu asombro.

—Me retiro con un pesar, caballero, dijo en voz baja Enrique á Federico.

—Pero os habeis grangeado unos amigos sinceros, replicó éste en el mismo tono.

—¿Dinero! ¿no lo hay siempre? ¿á quién que lo quiera le

falta? dijo Eusebio sacando de su bolsillo una veintena de doblones de á ocho.

Federico se restregaba los ojos.

—Aquí hay para la impresion del discurso, continuó Eusebio, y para vivir alegres un mes aunque no comiendo perdices.

—Será monedero falso, exclamó Federico echando alternativamente los ojos del oro á su amigo, y de su amigo al tesoro. Eusebio se echó á reír en sus barbas sin responderle, y se puso á hacer un cigarrillo de papel.

(La conclusion en el número inmediato).

ESPAÑA ROMÁNTICA.

QUIEN TAL HIZO, QUE TAL PAGUE, O EL ASISTENTE DE SEVILLA (1).

VII.

LA PUERTA DE LA IGLESIA.

El capitán Velazquez caminaba seguido de los arqueros hacia la villa de Carmona. Era necesario sorprender á los conjurados y cumplir exactamente las órdenes del rey. Todos los preparativos se habian hecho con el mayor sigilo. Los cien arqueros de que se componia su compañía se habian dividido en pequeños grupos para no llamar la atención y que el plan no abortase. A una señal de su capitán debían reunirse en la puerta de la iglesia. Velazquez creía que estas medidas eran las mas oportunas para su plan; ninguno de los ballesteros sabía á que iban á Carmona, empero una persona habia estado en acecho de todas las operaciones de Velazquez, habia visto su entrada en palacio con el asistente, su salida despues solo y la visita del rey á su casa, luego le habia seguido y habia sorprendido las órdenes que daba á los ballesteros: le habia visto montar á caballo y dirigirse hacia Carmona, entonces comprendió el peligro en que se hallaban don Fadrique y sus amigos. Conoció que necesitaba toda su energía para salvarlos, recordó la señal que debía hacer en la puerta de iglesia, en caso de peligro y la promesa que habia hecho al conde de Tabira, de matar á Velazquez. Era Nuño el escudero que ya conocemos el que habia hecho estas reflexiones.

Montó á caballo, y éste como si conociese que en su ligereza estribaba la salvación de su amo, tomó un galope vivo y continuado. Con la oscuridad de la noche parecían Nuño y su caballo un fantasma que se alejaba huyendo de la ciudad. Al poco tiempo ya habia pasado á Velazquez y sus arqueros, éstos tuvieron que hacerse á un lado para no ser atropellados.

—¿Quién será ese ginele que parece una exhalación? dijo Velazquez á uno de los arqueros que tenia á su lado.

(1) Véase el número anterior.

—No lo he podido conocer, la oscuridad de la noche y el embozo de su capa me lo han impedido, pero si sigue siempre ese mismo paso bien pronto habrá reventado su caballo.

—Será algun amante que llegue tarde á su cita.

—O algun partidario de los bastardos, que haya sorprendido nuestro secreto, dijo Velazquez. Si os parece alijeremos nuestras cabalgaduras. Metió espuelas á su caballo que salió al galope seguido de los cuatro arqueros montados que le acompañaban.

Nuño al dejar atrás á Velazquez, conoció que con la ligereza de su marcha habia salvado al conde don Fadrique.

Bien pronto llegó á las puertas de Carmona; pero su caballo cayó jadeando de fatiga casi á la entrada de la plaza donde estaba situada la iglesia. Nuño echó á correr á pie hacia la puerta de la iglesia, sacó su daga é hizo una cruz en uno de los cuarterones de la puerta, envainó su daga y se retiraba para ir á casa de maese Romero, cuando apareció en la plaza el capitán Velazquez solo y sin acompañamiento. No bien lo vió Nuño, creyó era el momento oportuno de librarse de aquel hombre, puso la mano sobre el puño de su daga y se dirigió hacia él.

Al verle acercarse Velazquez, se detuvo y preparándose á echar mano á la espada le dijo:

—¿Quién vá?

—¿Idalgo, ¿qué os importa? contestó Nuño acercándose cada vez mas.

—A la verdad que tenéis razon, pero creía que os dirigiais á mí con miras hostiles...

—Y yo lo mismo, dijo Nuño, pero puesto que ninguno de los dos las tenemos, retirémonos cada cual por su lado. Dios os guarde, continuó Nuño; saludando cortesmente á Velazquez.

—Y á vos tambien, contestó Velazquez, saludando en los mismos términos.

Siguieron cada uno su camino. Nuño hacia el extremo de la plaza y Velazquez hacia la puerta de la iglesia. Nuño habia visto que Velazquez era enemigo á quien no se podia herir de frente, y así tuvo que abandonar su primer ímpetu, y fingiendo que se alejaba de la plaza, se acercó á uno de los portales de una casa contigua, vigilando sin po-

der ser visto, el menor movimiento que hiciese Velazquez.

Velazquez, creyéndose solo se dirigió á la puerta de la iglesia, pero su asombro fué grande cuando vió que la señal estaba ya hecha, conoció que un enemigo hábil habia penetrado su secreto, y éste no podia ser mas que Nuño, que se presentaba en todas partes como su sombra. La rabia y la desesperacion se pintaron en su semblante. Al encontrarse con Nuño habia dejado escapar el momento mas oportuno para librarse de un enemigo que tan tenazmente le perseguía. Viendo perdido su primer proyecto, se dirigió en busca de los arqueros para sitiar la casa de maese Romero, en donde tal vez encontraria á los conjurados. Al salir de la plaza, dos embozados entraban por la parte opuesta, eran el conde de Tabira y don Fadrique, se llegaron á la puerta de la iglesia, y al observar la señal el conde de Tabira dijo dirigiéndose á don Fadrique:



Sino dejais franca la calle, vereis como mi acero la despeja.—Pág. 44.

—Señor, estamos perdidos, Nuño no debe estar lejos, la señal de que nos amenaza un gran peligro está hecha en la puerta de la iglesia; huid, señor, no os detengais, tal vez un minuto que retardeis vuestra marcha hará perder nuestra causa, y tal vez vuestra vida.

—¿Pues cómo es que Nuño no se ha presentado?

—Señor, la señal es reciente, no debe estar muy lejos de aquí, como vereis.

Sacó un pito de plata de su escarcela, y poniéndosele en la boca dió tres silbidos sordos y penetrantes, imitando el chillido de las aves nocturnas. En aquel momento un bulto negro se dirigió hacia ellos, y Tabira reconoció á Nuño.

—Nuño, ¿qué ocurre? ¿qué peligro nos amenaza? responde pronto, dijo el conde de Tabira.

—Señor conde, hemos sido vendidos, mas de cien arqueros rodean en estos momentos la villa; el maldito herrero que contuvo el motin en Sevilla es el que los manda; hace

un instante estaba en la plaza, y tal vez ahora ande buscando sus arqueros para dar un golpe y caer de improvisto sobre nosotros. Don Fadrique tiene preparados dos caballos junto á la ermita fuera de la villa; es necesario que se ponga en salvo. Yo me retiro y voy á seguir los pasos de Velazquez, á quien creo podré regalar esta noche una cuarta de daga.

El conde don Fadrique y Tabira siguieron los consejos de Nuño; en la ermita encontraron dos caballos. Don Fadrique montó en uno, y un escudero de toda su confianza en el otro, emprendiendo el galope hacia la ciudad de Córdoba: don Fadrique se habia salvado. El conde de Tabira se dirigió á casa de maese Romero para avisar á los demas conjurados que estaban allí reunidos, pero al tocar el aldabon de la puerta se vió fuertemente sujeto por dos arqueros.

Los demas conjurados fueron todos pasados á cuchillo, sin que las súplicas ni las ofertas hiciesen vacilar un momento las terribles espadas de los arqueros de Velazquez. Al dirigirse éste á la casa de maese Romero para acabar con los conjurados, y despues de haber dado las órdenes á los arqueros de sitiar la casa, se dirigia solo á la parte opuesta á reconocer si tenia alguna salida secreta. De repente un hombre se lanza sobre él con un puñal en la mano. Velazquez, sorprendido al pronto, retrocede dos pasos, echa mano á su puñal y se prepara á caer sobre el que tan traidoramente le habia acometido. Su enemigo al ver este movimiento hace que retrocede, viniendo á caer de improvisto sobre Velazquez para clavarle el puñal en la espalda; la hoja penetra por el vestido, pero salta hecha pedazos.

—¡Ah traidor! llevas cota de malla, veremos si resiste á mi espada como ha resistido á mi puñal, dijo el asesino sacando la espada.

Velazquez imitó su ejemplo desenvainando la suya. Las dos espadas se cruzaron; á sus violentos choques los aceros despedían chispas. Pronto la espada de Velazquez cayó echa pedazos al suelo. Viéndose desarmado arroja la espada, empuña la daga, se agarra á brazo partido á su enemigo, y los dos cayeron rodando al suelo. Velazquez cayó encima, y aprovechándose de la ocasion pone la rodilla encima del pecho de su rival y le hunde la daga en la garganta.

—Perdon, esclama éste al sentir el frio del acero penetrar en la carne.

—Para el asesino no hay perdon, contestó Velazquez inclinándose para reconocer mejor las facciones de su enemigo. Grande fué su admiracion cuando reconoció á Nuño, el que habia jurado matarle.

—Os ha salido la cuenta fallida, buen escudero, exclamó con ironía, jurásteis matarme y soy yo el que os mata; como les salga la cuenta á los demas conjurados igual, poco tiene que temer el rey don Pedro.

Limpio su daga en el vestido de Nuño, la envainó y fue á reunirse con los arqueros. A la mañana siguiente toda Sevilla oía consternada la relacion de la muerte de los conjurados, admirando el valor del jóven nuevo capitán de arqueros, Velazquez. El rey le mandó llamar á su palacio para darle las gracias. Al salir del palacio se encontró con el asistente Juan Pascual, que apretándole con efusion la mano, le dijo:

—Eres un valiente, y me causaria orgullo el llamarte mi hijo. María te ama, y o te doy su mano.

—Gracias, padre, permitidme que desde hoy os dé este dulce nombre.

En aquel momento una triste y lúgubre comitiva atravesaba la plaza. El pregonero que iba delante decía en alta voz: «Por traidor y desleal es condenado á la última pena este hombre, y esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor. Quien tal hizo que tal pague!...»

Pocos momentos despues el cuerpo de Tabira yacia sobre un enlutado tablado, separada la cabeza por el hacha del verdugo!....

El rey en una noche y en una mañana habia quedado libre de sus mas temidos y encarnizados enemigos.

VIII.

LA BODA.

Despues de la sangrienta ejecucion, el asistente Juan Pascual, acompañado del capitán Velazquez, entraba en su casa, donde María salió á recibirlos. Juan Pascual la abraza y la dice tomando su mano:

—María, aqui tienes á Velazquez, que acaba de salvar al rey, nuestro señor, y á quien he concedido tu mano.

—¡Gracias, padre mio! cuán bueno sois, dijo María arrojándose en sus brazos.

Juan Pascual lloraba enternecido al ver el efecto que habia causado en María la nueva de su felicidad. Velazquez apenas podia comprimir los latidos de su corazón, el placer embargaba su alma; así es que solo pudo pronunciar estas palabras cayendo de rodillas delante de Juan Pascual:

—¡Gracias! padre mio, ¡gracias!

María imitó el movimiento del capitán y se hincó de rodillas al lado suyo. Entonces Juan Pascual, uniendo las manos de María y Velazquez, les dijo:

—¡Hijos míos, yo os bendigo! permita el cielo que la bendición de un anciano caiga sobre vuestras cabezas, y que os haga felices como yo lo he sido. Ahora escucha lo que voy á decirte, María: imita en todo á tu virtuosa madre que desde el cielo nos está mirando; vas á entrar en una nueva época de tu vida; la virtud y la honradez es la única dote que tu padre puede darte; no te encargo mas que no olvides que eres la hija del honrado Juan Pascual, y que Marta, tu madre, te mira desde el cielo.

A tí, jóven, dijo Juan Pascual dirigiéndose á Velazquez, poco te podré decir, eres honrado, virtuoso, llevas en María un ángel puro y sin mancha; hazla feliz y no te olvides nunca, que antes de ser capitán de argueros trabajabas de oficial en la herrería de Haedo; acuérdate siempre que todo lo debes al rey, y no te dejes alucinar por la engañosa vanidad de la corte.

Velazquez y María se arrojaron en los brazos del anciano, y éste les hizo prometer que no olvidarían nunca sus consejos.

—Padre mio, os juro por mi espada, dijo Velazquez, que cumpliré fielmente vuestro mandato, y que el brazo que una vez se ha armado en favor del rey, no esgrimirá nunca la espada en contra suya. Rey afortunado ó rey desgraciado, el capitán Velazquez estará siempre á su lado.

—¡Bien, hijo mio! sé que lo cumplirás. Ahora permitidme

que me vuelva á Sevilla, donde me llaman mis penosas ocupaciones.

María dió un beso á su padre y le acompañó hasta la puerta.

—Adios, hijos míos, voy á dar parte al rey de mis proyectos, esto es, de vuestro casamiento.

—Sí, corred, padre mio, dijo María, estoy segura de que lo aprobará.

El asistente Juan Pascual montó en un caballo que un criado tenía del diestro en la puerta, y se encaminó á galope hácia Sevilla.

Luego que quedaron solos María y Velazquez, éste dijo cogiendo la mano de María:

—¡Cuán feliz soy, María!

—Y yo tambien! contestó ruborizada la jóven.

—¡Oh! María, mis sueños se han realizado; tu padre se ha anticipado tambien á nuestros deseos; todo cuanto soy, todo, todo, te lo debo á tí, ángel de amor.

—¡A mí! ¿y por qué?

—Te lo diré, María: si no te hubiese conocido, si no te hubiese amado, si mi corazón no me hubiese hecho sentir ese deseo que siempre he tenido de hacerme superior á mis amigos, á mis compañeros de taller, de sobresalir, en fin, en todo: este deseo, María, ¿quién lo hizo nacer? ¿quién lo alimentó mas que tu amor? sin él ¿que hubiese yo sido, sino un miserable herrero?

—No, Velazquez, todo eso lo debes á tu valor y á tu energía, pero no te espongas tanto.

—¡A mi energía! ¿Qué hubiese sido de ella si tu amor no la sostuviese? ¿Qué hubiese sido de mí, María, cuando el traidor de Nuño me acometió con el puñal en la mano? ¿Qué hubiera sido de mí, si tu nombre y tu memoria no me hubiese servido de escudo, cuando su puñal atravesó mi justillo y fué á romperse en mi cota de malla?... una sola idea cruzó por mi mente; no era, no, el miedo de morir, sino el miedo de perderte; esa sola idea hizo que mi brazo fuese mas fuerte que el del asesino, y que lo dejase muerto y revolcándose en su sangre á mis pies.

El galope de un caballo que paró á la puerta interrumpió esta conversacion. Era Juan Pascual que volvia de ver al rey. El rey don Pedro no solamente habia dado su consentimiento, sino que habia mandado á Samuel Levi, su tesoroero, dar mil doblas de oro y un rico collar de perlas para que sirviese de regalo de boda á María. Al capitán Velazquez le mandó con el duque de Alburquerque una primorosa espada, en cuyo puño de plata cincelada habia esta inscripcion:

Por mi rey y por mi honor.

Tres dias despues, en la suntuosa capilla de nuestra Señora de la Antigua se celebraban con toda pompa y solemnidad los desposorios de María y del capitán Velazquez. Todo el pueblo admiró la belleza de María y el valor del capitán; y al pasar la comitiva por delante de las damas de la corte, muchas tuvieron envidia de la felicidad de María. Concluida la ceremonia religiosa, el rey concedió al capitán la espuela de caballero, calzándosela el duque de Alburquerque. Todo sonreía al asistente Juan Pascual, pero como la dicha es casi siempre precursora del pesar, pronto un gran disgusto debia anublar la serena frente del feliz anciano.

IX.

DOÑA SOL.

La linda y encantadora joven que vimos asomada en el balcón de una de las casas de la plaza del Alcázar, cuando el rey hizo su entrada triunfal en Sevilla, y que llamó su atención haciéndole olvidar por algunos momentos á la hermosa doña María de Padilla, hacia algunos días había sentido los efectos de la pasión que con tan vivos colores le había pintado su amiga doña Leonor de Manrique, esposa ya del duque de Alburquerque. La alegría infantil que antes se pintaba en el rostro de doña Sol, la hija del mercader Alsua, había desaparecido; ya no era aquella joven alegre y bulliciosa que despreciaba continuamente los requiebros de los mas nobles y cumplidos caballeros de la corte. Dos días habían bastado para cambiar su carácter. Una noche oyó junto á sus rejas el preludio de un laud, y una voz dulce y sonora dejó oír la siguiente canción de amor, en que el trovador hacia consistir toda su riqueza y felicidad:

Mi voz se estiende y agita
Y apaga despues su ardor:
Que el corazon me palpita
Con las canciones de amor.

Toda la vida suspira
Amoroso el ruiseñor,
La blanca paloma espira
En los arrullos de amor.

Errante sobre la tierra
Vaga el pobre trovador.
Toda su vida se encierra
En sus canciones de amor.

Canta al son de su cadena
El cautivo su dolor,
Y solo alivia su pena
Con las canciones de amor!...

Sol escuchó con atención esta trova, y cuando su dueña se preparaba á cerrar la ventana como ya otras veces lo había hecho, estuvo casi á punto de detenerla, pero triunfó su recato, se contuvo y la dueña cerró. Entonces el trovador la dirigió con voz suplicante esta reconvención:

—Hermosa Sol; ¿por qué cierras tu ventana y no oyes la voz del que te adora con delirio, de quien sin tí no puede vivir?

Sol oyó estas palabras, pues había permanecido inmóvil y como detenida por un poder sobrenatural al lado de la ventana que tan bruscamente había cerrado la dueña: prestó atención á ver si se oía otra vez el sonido del laud, y como nada se oyese, Sol exclamó:

—¡Pobre joven! habrá creído que es un desprecio que yo le he hecho; y se retiró triste y pensativa á su habitación.

Cuando las dueñas entraron á desnudarla, notando su tristeza, la preguntaron si estaba mala. Sol contestó que la dolía un poco la cabeza. Se acostó, y despidió á las dueñas diciendo que quería dormir. En toda la noche pudo descansar un momento; sentía una inquietud, un malestar que no comprendía; la voz del trovador resonaba siempre en su oído; su imagen estaba siempre presente á sus ojos.

¿En qué consistía eso? la pobre niña no se lo podía explicar; ella que tantas veces había mandado á las dueñas que cerrasen la reja cuando los trovadores habían ido á darla quejas porque no les concedía su amor: esta vez la voz del caballero que fundaba su dicha y su riqueza en sus canciones de amor, le había llegado al alma. ¡La pobre Sol estaba enamorada!...

A la noche siguiente la ventana no se cerró cuando el trovador dejó oír su voz, no solamente no se cerró sino que Sol salió á la reja y le suplicó repitiese la canción de la primera noche. Desde entonces todas las noches se vieron y se hablaron los dos amantes, haciendo cada día progresos mas rápidos el amor en el corazón de la inocente y tierna hija de Alsua.

Bien pronto cundió entre los jóvenes de Sevilla que un amante mas afortunado que ellos había conseguido ablandar el corazón de doña Sol. Al saber esto uno de ellos llamado Fernando Enriquez, y á quien Sol había despreciado siempre, juró saber el nombre y calidad del afortunado doncel, que hasta entonces ninguno conocía. Con este fin, al dar el reloj de la catedral las once de la noche, embozado en su capa y sin respetar la prohibición de andar por las calles de Sevilla á aquella hora, el joven Fernando Enriquez con los celos en el corazón y la espada en el cinto, se encaminó hacia la estrecha y tortuosa calle donde vivía el mercader Alsua.

X.

EL HOMICIDIO.

El joven Fernando Enriquez llegó á la estrecha calle donde vivía doña Sol. Al principio su primera idea fué pedir cuentas á Sol de su amante; pero como no tenía ningún derecho él, á quien Sol había desengañado varias veces, creyó mas oportuno el esperar oculto en la esquina, y conocer al afortunado rival. Poco tiempo tuvo que esperar, los ecos del laud, señal convenida ya entre Sol y su amante, hicieron conocer á Fernando su presencia, y pudo percibir distinta y claramente esta conversacion:

—Tarde viene hoy el trovador; creí que ya me olvidaba.

—¡Olvidarte, hermosa Sol! ¿crees tú que eso es posible? Ni un solo instante, ni un solo momento dejas de estar presente en mi memoria.

—¿Pero cómo es que habeis tardado?

—El rey me mandó llamar.

—¿Pues qué sois de su servidumbre?

—Sí, Sol, ocupo un lugar elevado cerca de su persona, dijo con ironía el incógnito trovador.

—Si sois de la corte, pronto olvidareis á Sol por las hermosas damas que allí hay.

—Su hermosura no puede eclipsar nunca la tuya, Sol.

—¿Y me amais?

—¡Oh, eso con delirio!

—¿Y no habeis amado á ninguna?

—Jamás, á ninguna.

—No os creo.

—Puedes creerme, Sol, desde el momento en que te vi te amé, y sin tu amor no podré vivir. ¿Me amas tú?

—Sí, te amo; dijo doña Sol con voz casi desfallecida.

Don Fernando, al oír esta declaración que le quitaba toda esperanza, echó mano á la espada, y recatando el rostro, se dirigió hácia el sitio en que estaba parado el amante de doña Sol.

Al sentir éste los pasos de Fernando se puso en medio de la calle, y con voz enérgica preguntó:

—¿Quién vá?

—¿Qué os importa, hidalgo? le contestaron, dejadme libre la calle.

—Muchos humos gasta el embozado; ¿sabe hablar tan bien su espada como la lengua?

—Lo que sabe deciros es que dejéis franca la calle, y que si no lo haceis pronto, vereis como mi acero la despeja.

Y al decir esto echó mano á su espada. El amante de Sol le imitó, y al instante se cruzaron los dos aceros; á su choque despedían chispas, pero ninguno de los dos retrocedía. Los golpes eran tan vivos y repetidos, que mas que dos caballeros que peleaban, se hubiera dicho que eran diez ó doce aceros los que se cruzaban: si valiente era don Fernando, su rival no lo era menos, y parecía que toda su vida la había pasado en dar mandobles y cuchilladas.

Doña Sol dió un grito al ver cruzarse los aceros y cayó desmayada al lado de la ventana. Este grito llenó de rabia el corazón de los dos combatientes, y los golpes entonces se multiplicaron; empero pronto cesó la lucha, oyóse el grito de ¡soy muerto! y también se oyó al mismo tiempo el agudo chillido de una vieja que, despertada al ruido de las espadas, se había asomado á un ventanillo junto al tejado con un candil en la mano, y que al ver caer un hombre muerto, empezó á gritar ¡socorro! ¡socorro! desprendiéndose el candil de las manos, y viniendo á parar junto al cuerpo de don Fernando que acababa de espirar. Todo quedó en silencio por algunos momentos, el matador huyó precipitadamente, y solo al alejarse, la vieja oyó el ruido que hacían sus rodillas al andar.

—¡Dios mío! exclamó la vieja santiguándose, ¡quién lo creyera! y cerró precipitadamente la ventana.

Poco tiempo después, los vecinos ayudados de los criados de Alsua y de una ronda, levantaron el ensangrentado cadáver de don Fernando.

Las dueñas, al grito que dió doña Sol, acudieron en su auxilio y la llevaron á su cama donde estuvo sin volver en sí casi toda la noche. Su primer cuidado al volver en sí, fué preguntar el nombre del muerto, y si su padre se había enterado de algo. Las dueñas la dijeron que el jóven que había muerto no era el trovador sino don Fernando Enriquez, y que habían tenido mucho cuidado de cerrar la reja para que ni su padre ni los vecinos se enterasen de nada.

Sol les dió las gracias y les pidió la dejaran sola.

Cuando las dueñas salieron, se postró de rodillas delante de una imagen de la Virgen y la dió gracias por haber salvado la vida de su desconocido amante.

XI.

PESQUISAS.

No bien llegó á noticia del asistente Juan Pascual el suceso de la muerte de don Fernando, puso en movimiento toda su cohorte de alguaciles, pero sus pesquisas fueron inútiles, el nombre del matador estaba envuelto en un misterio impenetrable y que nadie podía comprender. Esto

hacia temblar de miedo al honrado Juan Pascual, pues sabía que el rey cumplía siempre sus palabras, y si en el término de veinte y cuatro horas no había descubierto el matador de don Fernando, peligraba su cabeza. Por mas pesquisas é indagaciones que hicieron los alguaciles, nada se pudo saber, y solo le llevaron el candil que hemos visto se le desprendió de las manos á la vieja y que se encontró al lado del cadáver. Pero el miedo de Juan Pascual se aumentó cuando el rey lo mandó llamar. Al entrar en su cámara, temblaba como la hoja del árbol cuando sopla el vendabal. El rey le mandó que se acercase, y frunciendo el entrecejo le dijo:

—Supongo, asistente, que tendreis ya noticia del homicidio cometido anoche, y que el matador estará ya preso.

—Señor, dijo Juan Pascual bajando la cabeza, no se ha podido dar con él, hasta ahora.

—¡Vive Dios! dijo el rey, que cumplís bien con vuestra obligacion, os prometí que si algun delincuente se escapaba lo reemplazaríais, y por mi nombre que lo sabré cumplir.

—¡Señor, piedad!

—No hay mas piedad que mañana el hacha del verdugo divide la cabeza del delincuente ó la tuya. ¿De qué han servido tus pesquisas, hay algun indicio?

—Ninguno, señor, solamente un candil que se ha hallado al lado del cadáver.

—¿Y qué piensas sacar de ahí?

—El candil tendrá dueño, y el dueño deberá conocer al matador.

—Marcha, y no olvides lo que te he dicho, ¡ó la cabeza del delincuente, ó la tuya!

—Está bien: no desconfío de descubrir al homicida.

Juan Pascual salió de la cámara, y llamando á los alguaciles les preguntó si habían averiguado algo. Todos contestaron negativamente. Entonces casi desesperado tomó la determinacion de averiguarlo él por sí, y tomando el camino de la plaza se dirigió hácia el punto donde se había hallado el cadáver de don Fernando. Después de haber mirado detenidamente las casas contiguas al lugar de la catástrofe, y de haber tomado declaración á todos los vecinos, casi ya perdidas las esperanzas se retiraba, cuando notó en la casa de frente á la que vivía Alsua y en una de las ventanas junto al tejado, una mancha ó reguero de aceite. Subió lleno de alegría, pues le importaba el negocio nada menos que la vida. Preguntó que quién vivía, y le contestaron que una vieja llamada Blasa y que tenía allí su miserable habitacion.

Llamó á la puerta y penetró en la estancia de la vieja. ¿Pero cual seria su admiracion al reconocer en Blasa la nodriza de su hija María? Entonces ya se creyó salvado. Blasa no podría nunca desear el mal de su antiguo amo.

—Blasa, le dijo Juan Pascual á la vieja, presta atención á lo que voy á decirte, pues de ello depende tal vez tu vida: no tengas cuidado que no te sucederá ningun mal si contestas fielmente y con verdad á mis preguntas.

—Podeis preguntarme lo que querais, ya sabeis los muchos favores que os debo y lo que quiero á María, mi hija de leche.

—Pues bien, dime ¿quién fué el matador de don Fernando?

—No lo sé, dijo asustada la vieja.

—¡Mientes, vieja maldita! ¡engendro del infierno! dijo el asistente levantándose de pronto, y sacando el candil que se encontró en la calle: ¡podrás negar que esta prenda es tuya.

—No, dijo temblando Blasa; pero el nombre del matador no lo sé, no le conozco.

—¡Mientes!

—Os juro que no lo conozco.

—¡Mientes! te repito, ¡mientes! tú quieres que mañana María se quede huérfana, te juro que antes morirás tú.

—Yo no quiero vuestro mal, señor asistente.

—¡No lo quieres, y no me dices el nombre del matador! pues sabe que el rey me ha prometido que de no descubrirlo, mañana ocuparé yo su lugar en el patíbulo.

—¡El rey! dijo asustada Blasa.

—Sí, el rey, y lo cumpliré.

—Bien hacen en llamarle el Cruel!

—Eso no, bruja, es solo justiciero, y sus enemigos solos le baldonan de esa manera.

—Pues bien, Juan Pascual, dijo Blasa haciendo un grandísimo esfuerzo, os voy á decir el nombre del matador, escuchad con atención!

Siendo yo joven, entré al servicio de la condesa de Peñafiel, aya del rey don Pedro, y la oí contar varias veces que recién nacido don Pedro se le cayó de los brazos, y le quedó un vicio en la rodilla, de manera que siempre que anda le va sonando la choquezuela.

—¿Y qué relacion tiene eso con lo que os pregunto?

—Que al matador cuando huyó le sonaba la choquezuela de las rodillas, y pude reconocer en él al rey don Pedro.

—Gracias, Blasa, dijo Juan Pascual, apretándola la mano con efusion, te debo mas aun que la vida.

Y mañana, dijo al alejarse, cuando me preguntéis, rey de Castilla, quién es el asesino de don Fernando Enriquez, os diré que la ley la debe acatar todo el mundo empezando por el rey.

XII.

QUIEN TAL HIZO QUE TAL PAGUE.

Acababa de dar la última campanada en el reloj de la torre de la Giralda, y ya la plaza estaba llena de gente esperando con ansiosa curiosidad ver la ejecucion del homicida de don Fernando. Había cundido por el pueblo que de no encontrarse el matador, el asistente lo reemplazaría, y como el pueblo es naturalmente novelero y aficionado á lo extraordinario, esperaba el desenlace de un drama que tanto escitaba su interés.

El asistente se presentó en el alcázar, y el rey le preguntó si había preso ya al homicida, á lo que Juan Pascual contestó afirmativamente.

—¿Qué hora has señalado para la ejecucion?

—La una, señor.

—¿Pero estás seguro de que el que has condenado es el verdadero matador?

—Señor, cuando recibí de mano de vuestra alteza la vara de la justicia, le prometí que todo criminal seria castigado, aunque fuese tan noble como el rey, la justicia es igual para todo el mundo.

—Te juro, le dijo el rey, si esta vez no te equivocas, concederte todo lo que me pidas.

—Pues bien, concédame vuestra alteza dos cosas; la

primera el perdon del reo, y la segunda el que ponga á vuestros pies la vara de asistente.

—¿El perdon del reo? ¡jamás! El verdugo ha de dividir su cabeza; pero Dios te libre que te equivoques y hayas condenado un inocente por el culpable, porque entonces morirás tú.

—Señor, no me equivoco, y os pido segunda vez su perdon, mirad, dijo Juan Pascual abriendo la ventana, ya marcha el reo al patíbulo.

El rey se asomó y vió pasar por debajo de su balcon una lúgubre y triste comitiva. Marchaban delante dos hileras de frailes con cirios encendidos, detrás el verdugo vestido de encarnado con el hacha al hombro y sus dos ayudantes, y por último un bulto cubierto con un velo negro, que parecía un hombre: sostenido por dos hermanos de la Congregacion de la Muerte, un piquete de arqueros á cuyo frente marchaba el capitán Velazquez cerraba la marcha de tan lúgubre y triste comitiva; el pregonero se paraba de cuando en cuando y repetía con una voz monótona estas palabras: «Esta es la justicia que el rey nuestro señor manda hacer en el homicida de don Fernando Enriquez. *Quien tal hizo que tal pague.*»

—¿Por qué va cubierto con un velo el criminal? dijo furioso el rey.

—Señor, es muy alta su nobleza y por respeto á su linaje he mandado que vaya cubierto.

—Si es criminal, dijo el rey, debe sufrir la vergüenza: que lo descubran. ¿Cuál es su nombre? dílo pronto, quiero saberlo..... ¡Su nombre!

Juan Pascual dió orden para que quitaran el velo que cubría al criminal. Entonces el pueblo de Sevilla vió con asombro la imagen de su rey.

—¡Esto es una farsa! gritó el rey irritado. ¡Os burlais, Juan Pascual!

—El matador, respondió Juan Pascual, es don Pedro primero de Castilla.

—¡Yo! dijo el rey demudado el color de su semblante.

—Señor, este candil hallado al lado del cadáver de don Fernando y que una vieja dejó caer desde su ventana, oyendo al mismo tiempo cuando huíais el ruido de los huesos de vuestras rodillas al andar, lo han descubierto todo. Ahora solo me falta me concedais lo que me habeis prometido: el perdon del reo.

—Está bien, te lo concedo, pero para que el pueblo sepa que la justicia alcanza á todos, te permito labrar mi busto y ponerlo en la esquina de la calle donde maté á don Fernando. Le maté en buena ley y provocado.

—Aun me falta que me concedais la segunda gracia que me habeis prometido, permitid que entregue la vara de asistente al conde Herrera y que yo me retire á vivir tranquilo los cortos dias que me quedan en mi casa, acompañado de mis hijos, Velazquez y María, bendiciendo continuamente vuestro nombre y rogando al cielo dilate vuestros dias para bien y felicidad de vuestro pueblo.

El rey concedió la gracia que pedía á Juan Pascual, diciéndole:

—Siento que me abandones, pero he dado mi palabra y nunca falto á ella. ¡Un gran juez pierde Sevilla!

—¡Viva el rey! gritó Juan Pascual, dirigiéndose al pueblo.

Todos repitieron la misma aclamacion. Media hora despues la plaza quedaba desierta.

XIII.

LA CABEZA DEL REY DON PEDRO.

Juan Pascual se retiró á su casa del camino de Castilleja y vivió feliz en compañía de María y su esposo Velazquez. Tres años despues de los sucesos que acabamos de contar murió en brazos de sus hijos, feliz y bendiciendo á don Pedro de Castilla que le habia colmado de beneficios. Cuando don Pedro supo su muerte, se volvió al duque de Alburquerque, y le dijo:

—He perdido uno de mis mas leales vasallos.

—Aun os queda otro, contestó Velazquez, yo he jurado sobre el lecho de muerte de mi padre Juan Pascual el morir por vuestra alteza.

—¡Gracias! le respondió el rey.

El capitán Velazquez cumplió su palabra, y cuando don Pedro murió á manos del fratricida don Enrique, en la tienda de Montiel, el último que le abandonó fué Velazquez, y tal vez el único que derramó lágrimas sobre el cadáver

ensangrentado de su rey y señor, que no abandonó hasta depositarlo en el convento de Santo Domingo el Real de Madrid, donde aun existe enterrado en uno de sus claustros.

En el año de 1848, yendo yo á Sevilla, visitando sus monumentos, vi colocada aun en la calle del *Candilejo* una estatua que representa al rey don Pedro. Deteriorada por el transcurso de los siglos y la inclemencia de los tiempos, pero que aun conserva aquella fisonomía adusta y que mas de una vez me hizo recordar estos versos de una de las glorias de la poesia española de nuestro siglo, el señor don Angel Saavedra, duque de Rivas, mas Grande aun por su talento que por su cuna, en su romance: Una antigalla de Sevilla.

Del Candilejo la calle
desde entonces se intitula
y el busto del rey don Pedro
aun está allí y nos asusta!

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL ESCRUPULO.

VIAGE ALREDEDOR DE UN DEDO DE UNA MARQUESA.

La marquesa de Luxale estaba recostada en un gran sillón, rodeada de un círculo numeroso de hermosas jóvenes y de galantes caballeros. La marquesa tenia sesenta años, y era muy habladora, pero se espresaba tan bien, que su talento era envidiado de todos. Parábanse á veces, y dejaban de bailar por oírle referir las mil anécdotas del tiempo de la Regencia, y la relacion de las costumbres y trages de las cortesanas.

El doctor Premarey acababa de entrar en el salón.... Reinaba en él una gran tranquilidad.

—Busco que deciros, contestaba la marquesa, y no se qué.

—Nada, dijo el doctor, consultad vuestros recuerdos.

—Por mas que cavilo, no puedo dar con ello.

—Si yo os ayudase.... replicó el doctor.

—¿No teneis nada que contarme vos mismo?

—Si me proveeis de documentos.

—Con mucho gusto.

Tomó entonces el doctor la mano derecha de la marquesa, y se apoderó del dedo índice.

Entonces advertimos en el dedo tres sortijas, las tres muy diferentes de hechura y de modelo.

—¿Me permitireis hacer un viage alrededor de este dedo?

—Doctor, dijo la marquesa, sois muy indiscreto, y...

—Vaya, no vayais á reñirme... No hablaré sino con vuestro permiso, mi antigua amiga.

—Vamos, pues, dijo la marquesa, os lo permito, puesto que habeis escitado la curiosidad de todas estas señoras.

—Hará unos treinta años, que yo era médico mayor de una casa de locos, en donde se curaban todas las enfermedades de moda, el esplin, los vapores, etc. La señora marquesa alejada de sus parientes, se habia refugiado allí;

hermosa, fresca como una rosa, amable y siempre risueña, hubiese podido servir de modelo en la casa.

—¡Adulador! interrumpió la marquesa.

—De modo que, continuó el doctor, se hizo muchos amigos. Entre las señoras que buscaban su sociedad, sobresalía una tal lady Enriqueta, una inglesa, viuda, encantadora, rubia, digna del pincel de Lawrence. Era esta de una naturaleza sentimental, de imaginacion ardiente, y á la cual la lectura de novelas habia trastornado al gun tanto... Sin embargo, tenia un corazon excelente, brillante organizacion y una educacion esmerada; en fin, todas las cualidades que reúne una muger interesante, por lo que era envidiada de muchos. Un dia, me acuerdo como si fuese hoy, me avisaron la llegada de un joven que habia sido eficazmente recomendado á mis cuidados. Habia sido este trasportado á la casa de locos en un coche, y casi sin conocimiento. Tan pronto como supe su llegada me presenté á él. Una muger anciana lloraba á la cabecera de su cama.

—Señor, me dijo, me he provisto de una carta del prefecto de "... que os recomienda á este joven. Unicamente yo deseo que se observe con él una reserva indispensable: que no traten de saber su nombre.—Señora, la contesté, la recomendacion de mi íntimo amigo el prefecto de "... me basta, veamos al enfermo. Lo examiné; estaba atacado de una especie de enagenacion mental, momentánea; la pulsacion era frecuente y su piel estaba ardiente...

—¿Si yo le hiciese una pequeña sangría?

—¡Oh! Dios mio, exclamó la anciana ¡sangre! guardaos bien de sangrarle... moriría en vuestras manos.

—Pero todavia está fuerte y robusto, una sangría no puede producir sino buenos resultados.

—¡Oh! señor, dijo la anciana ¡sangre no! ¡mi operacion!

—Señora, le contesté, solo yo debo de ser juez de lo que al enfermo conviene. Si no puedo obrar con toda voluntad, podeis confiarle á otras manos.

La pobre viendo que me habia ofendido me dijo: